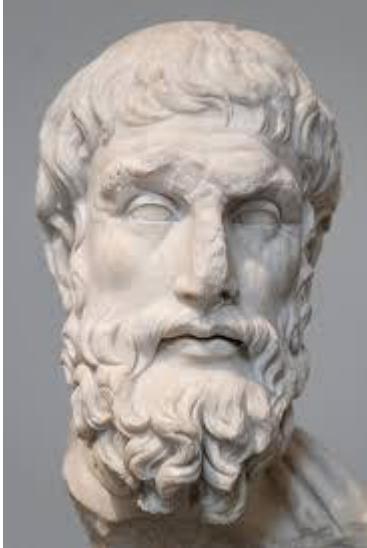


TEXTOS

EPICURO (341-271 a. C) ***EPÍSTOLA A MENECEO***



Epicuro a Meneceo, salud.

Cuando se es joven, no hay que vacilar en filosofar, y cuando se es viejo, no hay que cansarse de filosofar. Porque nadie es demasiado joven o demasiado viejo para cuidar su alma. Aquel que dice que la hora de filosofar aún no ha llegado, o que ha pasado ya, se parece al que dijese que no ha llegado aún el momento de ser feliz, o que ya ha pasado. Así pues, es necesario filosofar cuando se es joven y cuando se es viejo: en el segundo caso para rejuvenecerse con el recuerdo de los bienes pasados, y en el primer caso para ser, aún siendo joven, tan intrépido como un viejo ante el porvenir. Por tanto hay que estudiar los medios de alcanzar la felicidad, porque, cuando la tenemos, lo tenemos todo, y cuando no la tenemos lo hacemos todo para conseguirla.

Por consiguiente, medita y practica las enseñanzas que constantemente te he dado, pensando que son los principios de una vida bella.

En primer lugar, debes saber que Dios es un ser viviente inmortal y bienaventurado, como indica la noción común de la divinidad, y no le atribuyas nunca ningún carácter opuesto a su inmortalidad y a su

bienaventuranza. Al contrario, cree en todo lo que puede conservarle esta bienaventuranza y esta inmortalidad.

Porque los dioses existen, tenemos de ellos un conocimiento evidente; pero no son como cree la mayoría de los hombres. No es impío el que niega los dioses del común de los hombres, sino al contrario, el que aplica a los dioses las opiniones de esa mayoría. Porque las afirmaciones de la mayoría no son anticipaciones, sino conjeturas engañosas. De ahí procede la opinión de que los dioses causan a los malvados los mayores males y a los buenos los más grandes bienes. La multitud, acostumbrada a sus propias virtudes, sólo acepta a los dioses conformes con esta virtud y encuentra extraño todo lo que es distinto de ella.

En segundo lugar, acostúmbrate a pensar que la muerte no es nada para nosotros, puesto que el bien y el mal no existen más que en la sensación, y la muerte es la privación de sensación. Un conocimiento exacto de este hecho, que la muerte no es nada para nosotros, permite gozar de esta vida mortal evitándonos añadirle la idea de una duración eterna y quitándonos el deseo de la inmortalidad. Pues en la vida nada hay temible para el que ha comprendido que no hay nada temible en el hecho de no vivir. Es necio quien dice que teme la muerte, no porque es temible una vez llegada, sino porque es temible el esperarla. Porque si una cosa no nos causa ningún daño en su presencia, es necio entristecerse por esperarla. Así pues, el más espantoso de todos los males, la muerte, no es nada para nosotros porque, mientras vivimos, no existe la muerte, y cuando la muerte existe, nosotros ya no somos. Por tanto la muerte no existe ni para los vivos ni para los muertos porque para los unos no existe, y los otros ya no son. La mayoría de los hombres, unas veces teme la muerte como el peor de los males, y otras veces la desea como el término de los males de la vida. [El sabio, por el contrario, ni desea] ni teme la muerte, ya que la vida no le es una carga, y tampoco cree que sea un mal el no existir. Igual que no es la abundancia de los alimentos, sino su calidad lo que nos place, tampoco es la duración de la vida la que nos agrada, sino que sea grata. En cuanto a los que aconsejan al joven vivir bien y al viejo morir bien, son necios, no sólo porque la vida tiene su encanto, incluso para el viejo, sino porque el cuidado de vivir bien y el cuidado de morir bien son lo mismo. Y mucho más necio es aún aquel que pretende que lo mejor es no nacer, «y cuando se ha nacido, franquear lo antes posible las puertas del Hades». Porque, si habla con convicción, ¿por qué él no sale de la vida? Le sería fácil si

está decidido a ello. Pero si lo dice en broma, se muestra frívolo en una cuestión que no lo es.

Así pues, conviene recordar que el futuro ni está enteramente en nuestras manos, ni completamente fuera de nuestro alcance, de suerte que no debemos ni esperarlo como si tuviese que llegar con seguridad, ni desesperar como si no tuviese que llegar con certeza.

En tercer lugar, hay que comprender que entre los deseos, unos son naturales y los otros vanos, y que entre los deseos naturales, unos son necesarios y los otros sólo naturales. Por último, entre los deseos necesarios, unos son necesarios para la felicidad, otros para la tranquilidad del cuerpo, y los otros para la vida misma. Una teoría verídica de los deseos refiere toda preferencia y toda aversión a la salud del cuerpo y a la ataraxia [del alma], ya que en ello está la perfección de la vida feliz, y todas nuestras acciones tienen como fin evitar a la vez el sufrimiento y la inquietud. Y una vez lo hemos conseguido, se dispersan todas las tormentas del alma, porque el ser vivo ya no tiene que dirigirse hacia algo que no tiene, ni buscar otra cosa que pueda completar la felicidad del alma y del cuerpo. Ya que buscamos el placer solamente cuando su ausencia nos causa un sufrimiento. Cuando no sufrimos no tenemos ya necesidad del placer.

Por ello decimos que el placer es el principio y el fin de la vida feliz. Lo hemos reconocido como el primero de los bienes y conforme a nuestra naturaleza, él es el que nos hace preferir o rechazar las cosas, y a él tendemos tomando la sensibilidad como criterio del bien. Y puesto que el placer es el primer bien natural, se sigue de ello que no buscamos cualquier placer, sino que en ciertos casos despreciamos muchos placeres cuando tienen como consecuencia un dolor mayor. Por otra parte, hay muchos sufrimientos que consideramos preferibles a los placeres, cuando nos producen un placer mayor después de haberlos soportado durante largo tiempo. Por consiguiente, todo placer, por su misma naturaleza, es un bien, pero todo placer no es deseable. Igualmente todo dolor es un mal, pero no debemos huir necesariamente de todo dolor. Y por tanto, todas las cosas deben ser apreciadas por una prudente consideración de las ventajas y molestias que proporcionan. En efecto, en algunos casos tratamos el bien como un mal, y en otros el mal como un bien.

A nuestro entender la autarquía es un gran bien. No es que debemos siempre contentarnos con poco, sino que, cuando nos falta la abundancia, debemos poder contentarnos con poco, estando persuadidos de que gozan más de la riqueza los que tienen menos necesidad de ella, y que todo lo que es natural se obtiene fácilmente, mientras que lo que no lo es se obtiene difícilmente. Los alimentos más sencillos producen tanto placer como la mesa más suntuosa, cuando está ausente el sufrimiento que causa la necesidad; y el pan y el agua proporcionan el más vivo placer cuando se toman después de una larga privación. El habituarse a una vida sencilla y modesta es pues un buen modo de cuidar la salud y además hace al hombre animoso para realizar las tareas que debe desempeñar necesariamente en la vida. Le permite también gozar mejor de una vida opulenta cuando la ocasión se presente, y lo fortalece contra los reveses de la fortuna. Por consiguiente, cuando decimos que el placer es el soberano bien, no hablamos de los placeres de los pervertidos, ni de los placeres sensuales, como pretenden algunos ignorantes que nos atacan y desfiguran nuestro pensamiento. Hablamos de la ausencia de sufrimiento para el cuerpo y de la ausencia de inquietud para el alma. Porque no son ni las borracheras, ni los banquetes continuos, ni el goce de los jóvenes o de las mujeres, ni los pescados y las carnes con que se colman las mesas suntuosas, los que proporcionan una vida feliz, sino la razón, buscando sin cesar los motivos legítimos de elección o de aversión, y apartando las opiniones que pueden aportar al alma la mayor inquietud.

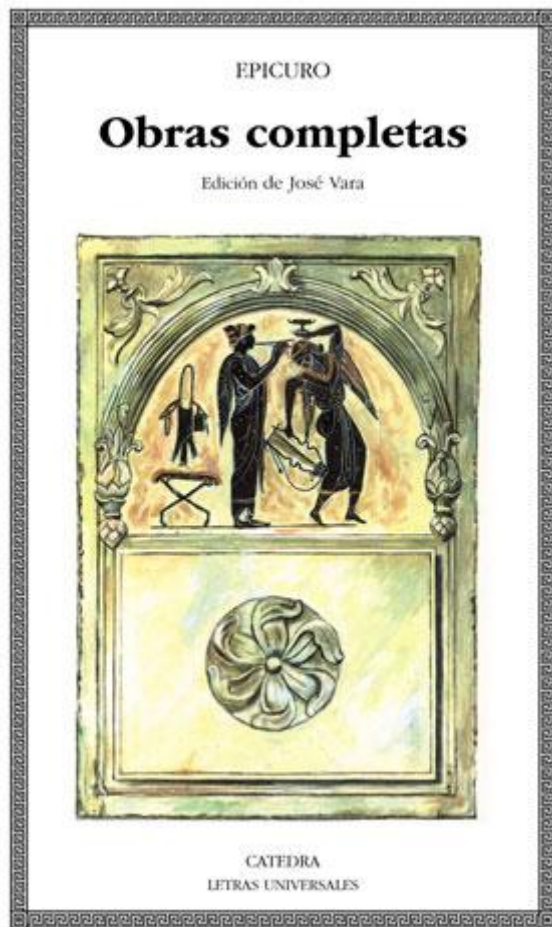
Por tanto, el principio de todo esto, y a la vez el mayor bien, es la sabiduría. Debemos considerarla superior a la misma filosofía, porque es la fuente de todas las virtudes y nos enseña que no puede llegarse a la vida feliz sin la sabiduría, la honestidad y la justicia, y que la sabiduría, la honestidad y la justicia no pueden obtenerse sin el placer. En efecto, las virtudes están unidas a la vida feliz, que a su vez es inseparable de las virtudes.

¿Existe alguien al que puedas poner por encima del sabio? El sabio tiene opiniones piadosas sobre los dioses, no teme nunca la muerte, comprende cuál es el fin de la naturaleza, sabe que es fácil alcanzar y poseer el supremo bien, y que el mal extremo tiene una duración o una gravedad limitadas.

En cuanto al destino, que algunos miran como un déspota, el sabio se ríe de él. Valdría más, en efecto, aceptar los relatos mitológicos sobre los dioses que hacerse esclavo de la fatalidad de los físicos: porque el mito deja la esperanza de que honrando a los dioses los haremos propicios mientras que la fatalidad es inexorable.

En cuanto al azar (fortuna, suerte), el sabio no cree, como la mayoría, que sea un dios, porque un dios no puede obrar de un modo desordenado, ni como una causa inconstante. No cree que el azar distribuya a los hombres el bien y el mal, en lo referente a la vida feliz, sino que sabe que él aporta los principios de los grandes bienes o de los grandes males. Considera que vale más mala suerte razonando bien, que buena suerte razonando mal. Y lo mejor en las acciones es que la suerte dé el éxito a lo que ha sido bien calculado.

Por consiguiente, medita estas cosas y las que son del mismo género, medítalas día y noche, tú solo y con un amigo semejante a ti. Así nunca sentirás inquietud ni en tus sueños, ni en tus vigilias, y vivirás entre los hombres como un dios. Porque el hombre que vive en medio de los bienes inmortales ya no tiene nada que se parezca a un mortal.



INTRODUCCIÓN

Para los epicúreos, la filosofía tiene como fin la consecución de la felicidad.

“La felicidad consiste, según Epicuro, en la consecución del placer sabiamente administrado juntamente con el alejamiento del dolor”.

Juan Manuel Navarro Cordón, Tomás Calvo Martínez, *Historia de la Filosofía*.

Por tanto, la ética epicúrea es hedonista (*hedoné*: placer).

El hombre debe buscar el placer pero de una forma ordenada y racional): hay que buscar el placer y rehuir el dolor prudentemente (*frónesis*: prudencia). De este principio general, se siguen las siguientes reglas:

- Hay que aceptar el placer presente.

- Hay que rechazar el placer presente si la razón prevé que de él se seguirá un dolor futuro superior.
- Hay que rehuir el dolor presente.
- Hay que aceptar el dolor presente si la razón prevé que de él se derivará un placer futuro superior.

Para Epicuro hay dos tipos predominantes de placer: el sensible y el espiritual.

Respecto del placer sensible, Epicuro afirma lo siguiente:

Por mi parte no sé concebir qué sea el bien si prescindo de los placeres del gusto, del amor, del oído, de los que proceden de las bellas imágenes percibidas por los ojos. Y, en general, de todos los placeres que los hombres poseen gracias a los sentidos. No es verdad que sólo el gozo espiritual sea un bien, puesto que también la mente se alegra con la esperanza de los placeres sensibles en cuyo disfrute la naturaleza humana puede librarse del dolor.

Epicuro recomienda actuar de acuerdo con la siguiente regla: Los apetitos naturales y necesarios deben satisfacerse, aunque moderadamente. Es decir, no debemos buscar satisfacer todos los deseos de nuestros sentidos (sensualismo extremo) ya que la mayoría son innecesarios; además su abuso produce lo contrario: el dolor sensible.

Respecto al placer espiritual (*jará*), su ideal ético es la *ataraxia*, es decir, la ausencia de todo dolor sensible (*aponía*) junto con la total tranquilidad y placidez de nuestro ánimo: la paz interior, la ausencia de toda es la aspiración del hombre sabio.

Por oposición al placer existe el dolor y la infelicidad. Son cuatro las causas fundamentales que nos llevan a la infelicidad:

- **El miedo al dolor.** Es peor el dolor que afecta al alma que el que afecta al cuerpo. Si se sufre un placer corporal hay que tratar de superarlo espiritualmente, es decir, aceptarlo con resignación. Siempre es un consuelo saber que los dolores violentos no duran mucho y los dolores largos no son violentos. Además, si el dolor es largo y violento, siempre queda el remedio del suicidio (que el propio Epicuro adoptó tras sufrir una cruel enfermedad).

Se puede salir de la vida como del teatro: cuando nos guste.

- **El miedo a la muerte.**

¿Por qué temerla? El alma humana está compuesta por átomos etéreos y sutiles, por átomos al fin y al cabo; al morir el hombre se destruye su cuerpo y también su alma. Después de la muerte hay nada. La muerte es como un sueño continuado y ¿hay algo más dulce que el sueño, en el que estamos alejados de la crueldad, de la tristeza, de los dolores y amarguras de la vida de vigilia?

José Barrio, *Historia de la Filosofía.*

La muerte es, por tanto, la privación de sensaciones, por eso es tan necio temerla. Como dice Epicuro:

El más terrible de los males, la muerte, no es nada para nosotros, porque cuando existimos nosotros no existe la muerte. Y cuando existe la muerte, nosotros no existimos.

- **El miedo a los dioses.** Ya que ellos juzgan nuestras acciones. Las cuales pueden ser castigadas cruelmente si irritan a los dioses. Efectivamente, los dioses existen, como lo prueba nuestra tradición religiosa y el acuerdo que hay entre los pueblos sobre su existencia; por lo tanto, el hombre sabio sentirá admiración ante los dioses, los venerará, les hará sacrificios y les rendirá culto. Pero no los temerá: los dioses, compuestos de átomos sutilísimos, habitan en los lejanos espacios vacíos entre los mundos llevando una existencia feliz; pero no se ocupan ni de la naturaleza ni de los hombres. No se crean preocupaciones ni obligaciones con los hombres. Viven libres y dichosos.

- **El temor al destino.** El destino es una fuerza desconocida en sus ocultos, pero necesaria. La vida humana está regida por el destino. Pero para Epicuro un conocimiento adecuado de la naturaleza nos muestra la inexistencia del destino: lo único que hay en el mundo son átomos y vacío en movimiento permanente y azaroso. La esencia misma del hombre es la libertad.

Analizamos finalmente el pensamiento social de Epicuro.

"Como hemos visto, para Epicuro la felicidad radica en la tranquilidad de espíritu, en la *ataraxia*; y la vida social, cuanto más intensa, parece ser que no es la mejor causa de ningún tipo de *ataraxia*. Por ello, Epicuro considerará a la sociedad como un mal necesario, ya que la vida del hombre "al natural" sería todavía un mal mayor. Pero, aceptando la vida en sociedad, el sabio epicúreo y el que aspire a serlo deben vivir lo más aislados posible: *Vive ocultamente, aisladamente* es la norma fundamental de Epicuro a este respecto. Vivir en sociedad sí, porque es necesario; pero vivir lo menos socialmente posible, ya que es un mal, una fuente de intranquilidad para el ánimo".

José Barrio, *Historia de la Filosofía*.

Así pues, ese sabio paradigmático que encarna la moral epicúrea, que domina la virtud de la prudencia para poder calcular en su justa medida el placer y el dolor, que tiene la virtud de la fortaleza para soportar el dolor, y que mediante el conocimiento preciso supera sus posibles causas, también debe renunciar a la vida pública y a la fama, que solo sirven para turbar el espíritu. Incluso renunciará al matrimonio como fuente de preocupaciones... El valor primordial que debe regir la vida social, la convivencia, debe ser la amistad (*filía*): la comprensión y ayuda mutua, útil y sentimental a la vez; la entrega, la fidelidad y la lealtad. El valor ético de la amistad debe sustituir al valor político del *nomos*, la ley, la vida pública.

"De todo cuanto la prudencia nos ofrece para la felicidad de la vida, lo mayor es, con mucho, el logro de la amistad".

ENLACES



<https://es.scribd.com/doc/237082869/Epicuro-Obras-Completas-Trad-Jose-Vara-pdf>

<https://sociedadepicuro.wordpress.com/2015/04/24/epistola-de-epicuro-a-meneceo/>

<https://drive.google.com/file/d/0BxaRPJ0uLtMqOGx0TVhyeTZMeGc/view>

https://www.webdianoia.com/helenismo/epicuro_fil.htm

<https://youtu.be/VY2osqEbvFY>